

ABSTENCIONISMO ESTÉRIL

Entre las labores llevadas á término por el Congreso del partido socialista español sobresale, como manifestación de su alta política, su actitud ante la guerra. Por 4.090 votos nominales contra 1.218 se aprobó una declaración de simpatía en favor de los aliados. No ha de entenderse, sin embargo, que el voto de la minoría significa apoyo á los Imperios centrales, sino deseo de no tomar parte moral en la contienda, por considerarla exclusivamente obra del capitalismo. En el fondo del animado y elevado debate reñían dos tendencias del espíritu, viejas como el hombre, y destinadas á perdurar mientras existan sociedades humanas: el abstencionismo y el intervencionismo.

El abstencionismo toma formas diversas, según los tiempos y el temperamento de cada hombre. Arrastra á unos á la vida claustral, que es el modo más cómodo de combatir, esquivándolas, las impurezas de la vida. Hay dos maneras de ganar la santi-

dad: una, la heroica, venciendo el pecado dentro del mundo pecaminoso; otra, la tímida ó abstencionista, venciendo el pecado después de amurallarse previamente contra él. En el orden civil, abstencionismo quiere decir anarquismo, ó, de un modo general, utopismo, tendencia del espíritu que aspira á librarse de las injusticias y absurdos de la sociedad presente mediante la creación artificial é inmediata de una nueva sociedad exenta de los males de la actual. En unos, conduce esto á querer destruir la sociedad en que viven, en la esperanza de que de sus ruinas ha de brotar bella y perfecta la sociedad que vive en su fantasía; en otros, lleva esto á constituir sociedades ideales en lejanos territorios vírgenes, limpios de toda emponzoñada tradición humana.

El socialismo, como heredero del anarquismo, estuvo en sus comienzos henchido de elementos abstencionistas. No creía que fuera menester hacer añicos la sociedad presente ni emigrar á las selvas americanas para levantar allí sociedades perfectas. Creyó que bastaba con esperar pacientemente á que el capitalismo envejeciese para que á la postre cayera, como un fruto maduro, en el regazo del socialismo. No hacía falta intervenir. Antes bien, era pecado intervenir en una política que en el fondo sólo giraba en torno de intereses capitalistas. Vivió muchos años en el abstencionismo, sentado al borde de la Historia, ó más bien dejándose arrastrar sin resistencia por su corriente. Pero poco á poco fué cambiando de tácti-

ca, percatándose de que la manera de dominar al capitalismo no era seguir siendo indefinidamente brazo automático suyo, sino trepar gradualmente hasta sus centros nerviosos superiores. Hoy puede decirse que todo el socialismo se ha hecho, en general, intervencionista: la Conjunción republicano-socialista fué en España el término de un largo y poco fructuoso abstencionismo; su ratificación en este Congreso, á pesar de la cuantía de las fuerzas retrogradantes, indica que el socialismo español no quiere colocarle en su antigua postura marginal.

Mas aún quedan muchos abstencionistas, si bien en grado menor. En política interior se llaman sindicalistas ó partidarios de que la acción de los Sindicatos debe predominar sobre la acción en el Parlamento y en los Municipios. No pueden escaparse nunca á la atracción que sobre ellos ejerce la periferia social. En política exterior y en lo que á esta guerra se refiere—único aspecto en que por hoy queremos analizarlos—se llaman pacifistas á todo trance. A juicio de ellos, la guerra europea es un engendro del capitalismo, y como á la clase obrera le es indiferente que triunfe un grupo ú otro de capitalistas, aspiran á una paz inmediata. No hay para ellos una cuestión jurídica de agresores y agredidos. Tampoco existe para ellos una cuestión política, según la cual la victoria de unos ú otros puede favorecer ó esterilizar el desarrollo de las instituciones democráticas; ni cuestión histórica, según la cual el predominio de unos ú otros

puede detener ó precipitar el espíritu armónico entre las naciones. Por lo visto, un grupo de capitalistas no puede inferir injusticia á otro grupo; ni importa que un grupo democrático de capitalistas se imponga á un grupo despótico. Para ellos no existe el principio de nacionalidades, ni el ideal de unos Estados Unidos de Europa, ni un Derecho internacional. No hay más que un sistema capitalista que engendra guerras, y cuando una de estas guerras estalla, la clase obrera debe abstenerse de tomar ningún partido, sofocando sus impulsos naturales de justicia, renunciando á todo interés político, encogiéndose despectivamente de hombros ante el curso que pueda tomar la Historia. He aquí una de las formas más tristes del abstencionismo. Sólo podría explicarse por atonía moral ó por impotencia psicológica para reaccionar adecuadamente ante la complejidad de un fenómeno como el de esta guerra. Es la táctica del avestruz, que cree evadir el peligro y las complicaciones de una situación difícil ocultando la cabeza bajo el ala.

Según este criterio abstencionista ó neutralista moral, bien ridícula fué la participación de la clase obrera en la Revolución francesa para ayudar á la burguesía á someter á la aristocracia. Bien ridículo sería también, por ejemplo, que la clase obrera española se pusiera junto á la monarquía constitucional en el caso de que el carlismo se levantase en armas para instaurar una monarquía absoluta. Y hasta ri-

dículo que secundase una revolución que diese el Poder á la burguesía republicana. Se dirá que no es lo mismo una cuestión nacional que una cuestión internacional. Los que tal dicen no quieren, por lo visto, aceptar la idea de que Europa constituye en cierto modo una unidad, y que dentro de esta unidad las guerras tienen un carácter revolucionario ó un carácter absolutista. Las primeras guerras napoleónicas tuvieron un espíritu libertador en el sentido de que llevaban el soplo de la Revolución francesa á los demás Estados europeos; pero cuando se desvaneció este soplo y no movió á Napoleón otro deseo que sojuzgar á los otros Estados y no libertar á los pueblos, invirtiéndose el carácter de las guerras, y de liberadoras las napoleónicas trocáronse en despóticas. ¿Puede sernos indiferente que el resultado hubiera sido lo contrario del que fué? Entonces, ¿qué valor tendría la Historia?

Con razón se ha dicho que la guerra actual es una guerra civil. Y si una guerra civil dentro de una nación—en España, por ejemplo, entre carlistas y constitucionales, entre monárquicos y republicanos ó entre catalanes y aragoneses (pase la absurda hipótesis) por causa de las zonas neutrales—, no puede ser indiferente á la clase obrera, ¿cómo ha de serlo una guerra civil europea en que se juegan intereses mucho más hondos? Marx y Engels no fueron abstencionistas en las guerras de su tiempo, sino apasionados partidarios de aquellos cuyo triunfo favorecía, á

su juicio, el espíritu democrático y los intereses de la clase obrera. No decían que tal ó cual guerra era producto del capitalismo, y que, por lo tanto, los obreros debían contemplarla con indiferencia.

Por otra parte, nada más simplista que desentenderse de un fenómeno de la magnitud de la presente guerra, diciendo que la ha originado el capitalismo. Como si no hubiese Estados que, por razones circunstanciales, son contrarios á la guerra (los aliados lo fueron en este caso). Como si dentro de cada Estado no hubiese grupos capitalistas que se oponen permanentemente á la guerra. Hechos son estos que no deben olvidar los socialistas para construir una política internacional de plena eficacia. Bien está que tengan su programa de política internacional, un programa que podríamos llamar máximo, que sirva de orientación ideal. Pero también necesitan para las cuestiones internacionales, como ya lo tienen para las cuestiones nacionales, un programa mínimo cuya táctica podría consistir en ponerse en toda ocasión de parte de aquellos Estados de tendencias pacíficas y de aquellos grupos sociales que tienen un permanente interés por la paz. No hay modo de echarse fuera de la Historia. A los que no quieren guiarla, los arrastra ella.

3 de Noviembre de 1916.

EL FERROCARRIL DE BAGDAD

ANTECEDENTES DE LA GUERRA

Días pasados anunció el telégrafo que Bagdad, la antigua Babilonia, situada en el extremo sudoriental de la Turquía asiática, se veía amenazada por las tropas inglesas, y que la Prensa alemana, en previsión de su conquista, quería quitar importancia estratégica á este avance. En respuesta á esto, baste decir que Bagdad ha sido durante una quincena de años una de las claves de la política internacional. En torno de esa ciudad milenaria han manipulado los financieros con sus millones, los militares con sus planes de guerra y los políticos con sus proyectos de Imperios intercontinentales. Especialmente, la rivalidad de una política africana y de una política asiática entre Alemania é Inglaterra tenía en Bagdad su culminante punto de encuentro. Pasemos somera revista á la historia del ferrocarril de Bagdad y de sus proyectadas ramificaciones, y á los proyectos comerciales y militares elaborados en torno de él.

La idea de este ferrocarril—que había de exten-

derse desde el Bósforo hasta el Golfo Pérsico, pasando por Asia Menor y Mesopotamia—tomó cuerpo cuando la visita de Guillermo II á Tierra Santa en 1898. En 1902, el Gobierno turco autorizó la construcción á una empresa alemana. Parece ser que el Kaiser, durante su visita á Inglaterra en ese mismo año, solicitó el concurso del Gobierno inglés. Evidentemente, lo único que buscaba Alemania en Inglaterra era su oro para la construcción del ferrocarril. Pero á Inglaterra no le convenía esa línea tal como la proyectaba Alemania, de acuerdo con Turquía, y se desentendió del proyecto.

¿Y por qué no le convenía? Había varias razones. He aquí algunas de las principales: comercialmente, una línea ferroviaria que uniese Koweit, en el Golfo Pérsico, con Ostende ó Amberes, pasando por Viena y cruzando el Bósforo por un túnel, dañaría al gran tráfico marítimo de Inglaterra con el extremo y medio Oriente. Sufriría de modo considerable su Marina mercante. Además, disminuiría la importancia de Londres como centro de distribución comercial y, en cambio, acrecería la de Amberes, suponiendo que fuese este el término de la enorme línea terrestre.

Militarmente, el ferrocarril de Bagdad respondía á dos fines: uno, general, que era el fortalecimiento de Turquía. Por falta de rápidas vías de comunicación, puede decirse que el Gobierno de Constantinopla ejercía un dominio muy elástico sobre la zona

oriental de la Turquía asiática. En caso de guerra, sobre todo, toda esta cuantiosa población turca estaba condenada á no poder acudir pronta y eficazmente á las líneas de fuego. En la guerra rusoturca de 1876-1877, las tropas de la Mesopotamia tardaron siete meses en llegar al frente de batalla. Una vez construido el ferrocarril de Bagdad, estas tropas podrían movilizarse con rapidez, bien para ir al Cáucaso, en el supuesto de una guerra con Rusia, ó bien para concentrarse en el Bósforo, en el caso de cualquiera otra guerra. De todos modos, este proyecto ferroviario, al fortalecer á Turquía, perjudicaba á Rusia, por cuya razón Inglaterra, que desde la subida de Eduardo VII al trono había comenzado á moverse en la órbita de la política rusa, estaba obligada á desaprobarlo y combatirlo.

Pero el fin particular de ese ferrocarril era aún más grave. Los alemanes habían ido extendiendo poco á poco su influencia en toda Turquía, muy singularmente en la asiática, y en ésta, más singularmente aún, en Siria y en la península del Sinaí. No hacía mucho que el sultán de Turquía les había hecho en el puerto de Alejandreta, en el Mediterráneo, una concesión que le convertía en un puerto alemán. Además, les había autorizado para construir un ramal hasta Damasco, y de aquí, á lo largo del mar Muerto y de la península del Sinaí, hasta la Meca. El propósito, velado por la supuesta intención de facilitar el viaje de los peregrinos á la Meca, era

situarse en debida postura para amenazar á Egipto. El plan de derruir el imperio británico, hiriéndole por el canal de Suez, no es de estos días de fiebre guerrera. Ya en la edición de 1911 de su libro «Die Bagdadbahn» («El ferrocarril de Bagdad»), decía Paul Rohrbach, el gran vulgarizador del pangermanismo:

«Inglaterra puede ser atacada y herida mortalmente por tierra, desde Europa, sólo por un punto: Egipto. La pérdida del Egipto significaría para Inglaterra, no sólo el término de su dominio sobre el canal de Suez y sobre sus comunicaciones con la India y con el extremo Oriente, sino que, probablemente, supondría también la pérdida de sus posesiones en el centro y Este de África. La conquista del Egipto por una potencia mahometana, como Turquía, pondría también en peligro el dominio de Inglaterra sobre 60 millones de súbditos mahometanos en la India, además de entorpecer sus relaciones con el Afghanistan y con Persia. Sin embargo, Turquía no puede soñar nunca en la recuperación del Egipto hasta que sea dueña de un extenso sistema de ferrocarriles en Asia Menor y Siria y hasta que pueda, mediante la continuación del ferrocarril de Anatolia hasta Bagdad, resistir un ataque de Inglaterra por la Mesopotamia. Egipto sería para Turquía el premio á que se pusiera de parte de Alemania en una guerra con Inglaterra. La política de proteger á Turquía, que ahora sigue Alemania, no tiene por objeto sino

el deseo de efectuar un seguro contra el peligro de una guerra con Inglaterra.»

En estas palabras, que revelan, en su concisión, toda la política alemana en el imperio turco, está bien explicado el objeto particular del ferrocarril de Bagdad: impedir que Inglaterra desembarque tropas en la costa del Golfo Pérsico y que, subiendo por el Irak y por la Mesopotamia, ataque por el flanco al ejército turco enviado contra el Egipto. Sería un ferrocarril comercial que habría de favorecer á los numerosos alemanes emigrados á la Turquía asiática y que habría de completar la línea más corta entre el Golfo Pérsico y el mar del Norte, con grandes ventajas para la economía alemana. Sería también un ferrocarril que permitiese á Turquía movilizar con ligereza sus tropas de la Mesopotamia. Pero sobre todo, sería un ferrocarril para contener un avance de tropas inglesas por la costa del Golfo Pérsico arriba, en el caso de un ataque de Turquía contra el Egipto. Era un gran plan. La guerra ahora, y antes el ojo vigilante de los ingleses, ha impedido que el ferrocarril llegara á Koweit ni que estuviera totalmente trazado hasta Bagdad. Ha fallado, pues, en su finalidad principal. En cambio, los ingleses avanzan sobre Bagdad. Una vez que estén allí, será difícil expulsarlos, y de ese modo toda la política elaborada en torno de ese ferrocarril cambia radicalmente y queda á merced del proyecto británico.

Porque los ingleses no se habían limitado á pla-

near una sencilla defensa por el Golfo Pérsico. Cuando ya los alemanes habían pensado en adueñarse de la Mesopotamia, para avanzar más tarde por la Persia meridional hasta la India, los ingleses tenían una política del medio Oriente perfectamente definida. En 1900 pronunciaba en El Cairo William Willcocks, el gran ingeniero hidráulico inglés, un discurso donde anunciaba que los ingleses harían resurgir la vieja cultura babilónica. En realidad, hacía tiempo que un cuerpo de ingenieros ingleses se ocupaba en esa región del Irak en reconstruir los canales, esclusas y diques de la antigüedad. Para más tarde se proyectaba poblar esos territorios abandonados con trabajadores indios é ingleses. Pero el proyecto máximo consistía en unir El Cairo con Calcuta, por tierra, aprovechando el sistema ferroviario de la Siria y trazando una nueva línea que fuese de Beirut, casi frente á Chipre, por Damasco y Palmira hasta Bagdad, luego hasta Koweit y desde aquí, por el Sur de Persia, hasta la India. Esta línea, que habría de dar unidad al imperio británico desde el Noreste de África hasta el extremo Oriente, sería hermana de la que los estadistas ingleses intentan trazar hace tiempo entre El Cairo y la Ciudad del Cabo. En esta segunda línea se interponen las colonias alemanas del África oriental, y en la primera la influencia alemana sobre la Turquía asiática. Inglaterra quiere en esta guerra eliminar definitivamente esos obstáculos; Alemania, consolidarlos para siempre.

Se equivocan los que se imaginan que los millones de hombres trezados en sangrienta lucha en el centro de Europa combaten por esos metros de terreno que pierden un día y ganan otro. Su finalidad cae fuera del perímetro europeo y son inmensos territorios de Asia y África. El ferrocarril de Bagdad es una de las arterias más vitales de una honda y obscura política internacional que ahora trata de resolverse por la fuerza de las armas. Es el eje del gran imperio ideal que ha pensado Alemania, y el eje también del gran imperio real que ya posee Inglaterra. Por esto, el avance de los ingleses sobre Bagdad tiene una importancia mayor de la que se deriva de una sencilla noticia de periódico.

10 de Noviembre de 1915.

PAZ LÓGICA Y GUERRA PSICOLÓGICA

Ya no son solamente los socialistas alemanes de la izquierda y del centro los que suspiran por una paz inmediata. Hasta ahora pudo decirse que el pacifismo de un Liebknecht, combatidor de la guerra desde el comienzo, y de un Kautsky, el espíritu más ponderado, más céntrico del partido socialista alemán, hoy ya enemigo franco de la guerra, era un pacifismo ideológico, fundado nada más que en abstracciones humanitarias, en principios de solidaridad internacional.

Por la paz suspira también una gran mayoría del pueblo de Alemania, al descubrir que las glorias militares, que son manjar excelente para satisfacer la vanidad patriótica, no sirven para nutrir el cuerpo ni para calentarlo. Los ejércitos alemanes operan en territorios extranjeros, embriagados con sus triunfos pírricos—10.000 bajas diarias, como promedio, es el tributo que Alemania rinde por sus victorias—; pero el hambre dentro del territorio alemán no es ya un

mito inventado por sus enemigos, ni las revueltas populares en varias ciudades alemanas existen sólo en la fantasía de los aliados. El pueblo alemán quiere la paz; pero no como vaga aspiración, sentimentalmente, como, á buen seguro, también la anhelan franceses, ingleses, italianos y en general todo hombre que no sienta placer en el asesinato colectivo, sino como urgente necesidad, como inmediata solución á un problema económico de existencia.

Y no sólo la masa amorfa, esa masa que tan fácilmente pasa del delirio patriótico de querer conquistar el mundo á la depresión de subordinarlo todo á un pedazo de pan. También piden la paz muchos periódicos alemanes: unos, porque reflejan ese sentimiento colectivo; otros, porque expresan inquietudes y zozobras de ciertos poderosos grupos económicos; otros, porque encarnan la prudencia política. Ya no están solos el «Vorwärts» y otros periódicos socialistas. A ellos se ha sumado la «Frankfurter Zeitung», el periódico de más circulación de Alemania, propiedad de judíos y baluarte de la potente banca judía. La «Kreuz Zeitung», fuerte órgano de las derechas, asegura que nadie piensa en Alemania en prolongar la guerra un día más de lo necesario, en vista de las pérdidas gigantescas que se han sufrido.

Y, en fin, no sólo los periódicos. El cuervo—no la paloma—de la paz ha asaltado el mismo Parlamento. El día 9, como se había anunciado, se celebró la sesión en que iban á discutirse las posibilidades de

una paz próxima. Lo ocurrido, según el somero extracto que hasta ahora ha llegado á nuestro conocimiento, corresponde exactamente al anuncio que el Gobierno alemán difundió el día 3 por medio del telégrafo sin hilos. La interpelación sobre las condiciones de la paz partió de los socialistas. «Esta interpelación—decía la noticia oficial del día 3—la exige el hecho de que en Alemania nadie entiende por qué nuestros enemigos, después de sus derrotas diplomáticas en los Balkanes y sus fracasos militares, no han comenzado aún las negociaciones de paz.» Esto mismo, ó algo análogo, parece ser que dijo Bethmann Hollweg el día 9: «Si ahora no quieren rendirse buenamente á la evidencia (de su derrota) nuestros enemigos, más tarde tendrán que hacerlo por la fuerza.» Más adelante agregó el canciller que, en vista de los triunfos de Alemania, los cuales habrán convencido á los aliados de que han perdido la partida, deben ser ellos los que inicien las proposiciones de la paz.

He aquí uno de los ejemplos más asombrosos de la mentalidad germánica, según se nos ha manifestado en esta guerra. Es la petulancia llevada á extremos trágicamente ridículos. Los alemanes se asombran de que los aliados no pidan la paz. No se explican su ceguera. Están derrotados. ¿Cómo no se rinden á la evidencia? Esto nos recuerda el caso de aquel pedantesco médico que firmó la defunción de un enfermo, creyéndole muerto, y al volver éste en sí y asegurar que aún le quedaba vida, el galeno vol-

vióse furibundo, reprochándole que pretendiera saber más que él. También los alemanes saben mejor que los aliados la medida de su derrota. Hasta podrían probarlo científicamente.

Pero si no se rinden pronto á la evidencia, buenamente, reflexivamente, los alemanes les persuadirán de ello con toda energía. Es decir, si no se convencen de que están derrotados, los derrotarán otra vez. Si usted es tan terco que se empeña en no reconocer que está muerto, le mataremos de nuevo, y si tampoco entonces lo reconoce, se le matará por tercera vez, y así indefinidamente, hasta que deje de ser tozudo y anticientífico.

Hasta ahora suponíamos que la derrota, como la muerte, tenía un carácter inequívoco. La paz solían pedirla los derrotados, precisamente para poner un límite á la victoria de los vencedores; pero nunca los vencedores para disminuir la derrota de los vencidos. Los alemanes quieren revolucionar también esta práctica. Para ellos no es la cuestión del triunfo ó de la derrota un fenómeno de conciencia, un criterio puramente subjetivo, sino una cuestión de hecho, objetiva, demostrable. En su entender, la guerra es una especie de juego, cuyas reglas y fines han establecido ellos mismos; logrados esos fines, que no son los fines de los contrincantes, por medio de unas reglas que no son lícitas para sus enemigos, los alemanes quieren dar por terminada la partida y se enojan porque los aliados no se avienen á levantarla. Ven la

guerra como un problema lógico, no psicológico; creen que por estar ellos en Francia, en Bélgica, en Rusia, en los Balkanes, lógicamente deben rendirse los aliados. No admiten que los aliados tengan otra lógica, la del desgaste y del estado de sitio, y menos que nada admiten el hecho psicológico de que no se den por derrotados ni que proclamen la voluntad de seguir combatiendo. Científicamente, conforme á sus nociones territoriales de cantidad y medida, han vencido; pero se extrañan y se indignan de que la fuerza volitiva de sus enemigos, inconmensurable con ninguna unidad conocida de medir ni de pesar, no sólo no capitule, sino que crea con más fe que nunca en su propio triunfo.

Claro está que este lenguaje del canciller alemán no puede tomarse como expresión literal de su espíritu; pero basta que los alemanes lo tomen así para que quede en pie toda nuestra argumentación. Demasiado saben Bethmann Hollweg y todos los alemanes dotados de alguna inteligencia que es ridícula la actitud de un vencedor que se impacienta porque el vencido no pide la paz. Pero es un burdo sofisma, una argucia pueril que acaso sirva para aquietar el creciente descontento que se observa en Alemania. Si los ejércitos alemanes han triunfado en toda la línea y en buena ley, ¿qué culpa tienen ellos de que los enemigos no se rindan á la evidencia de su derrota? A esto respondería cualquier persona de cerebro normal: Será porque no están derrotados si no

se rinden. Acaso responda así el pueblo alemán, y su descontento, lejos de allanarse, se acrecienta. De todas suertes, todas estas voces de paz y ese candoroso lenguaje del Gobierno indican que la situación en Alemania es menos segura de lo que se nos quiere hacer creer. Son los claros síntomas de un espíritu nacional que comienza á sentirse derrotado. Son los primeros derrumbes de la confianza.

12 de Diciembre de 1915.

LA INDUSTRIA ES LA FUERZA.

En los periódicos ingleses se han publicado telegramas de Nueva York anunciando que durante los últimos meses España ha hecho grandes compras de municiones en los Estados Unidos. Según el Sr. Salas, cónsul español en Nueva York, se han adquirido cuatrocientos millones de cartuchos y grandes cantidades de granadas y fusiles Remington. Un periódico de Londres le atribuye al Sr. Salas estas palabras: «España no tiene ningún propósito contra nadie; pero en España se considera prudente armarse para cualquier contingencia. No queremos llegar á ser una segunda Bélgica.»

El martirio de Bélgica, como todos los hechos fecundos de la Historia, va á servir de irrefutable ejemplo condenatorio de un mal, pero también de pretexto para seguir fomentando el mal mismo. El sacrificio del pueblo belga será un oprobio indeleble para el militarismo prusiano; pero en todos los países evocarán su recuerdo los que aspiren á militarizarlos.